
Ayuntamiento de Cádiz


UMASS
BOSTON

SERMON

PREDICADO

EL DIA 18 DE FEBRERO DE 1863,

MIERCOLES DE CENIZA,

EN

LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE CADIZ,

POR

EL SR. D. SERVANDO ARBOLI,

PRESBÍTERO, BENEFICIADO DE LA MISMA, LICENCIADO EN SAGRADA TEOLOGÍA, PROFESOR DE HISTORIA ECLESIÁSTICA EN EL SEMINARIO CONCILIAR, SOCIO RESIDENTE DE LA ECONÓMICA GADITANA DE AMIGOS DEL PAIS, EXAMINADOR SINODAL DE ESTE OBISPADO.

Se imprime con licencia de la autoridad eclesiástica.

CADIZ.

IMPRENTA Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MEDICA,

CALLE DE LA BOMBA, NÚMERO 1.

1863.

ADVERTENCIA.

Una circunstancia imprevista ha motivado la publicacion de este discurso. Lejos de mi pensamiento tal idea cuando tracé sus borrones, ni pude corregir los defectos ni enmendar lo que al lector inteligente puede aparecer vituperable. Esta consideracion me hubiera retraido de condescender con la piedad de los fieles que querian darlo á la prensa, si la negativa en todo caso no pudiera ser el eco de una presuncion vana y ridícula.

Entrego, pues, la obra aunque incompleta en manos de los fieles, no dudando de que sabrán aprovecharse de su doctrina, y de que atribuirán á mi insuficiencia lo que pueda ser inoportuno. Y abrigo la esperanza de que atendiendo á las circunstancias especiales en que me he hallado por disposicion de la Divina Providencia, cuando los afectos del corazon impedian el curso de mi pluma, verán con

menos disgusto los tildes que de otro modo serian imperdonables.

Si algun provecho puede producir esta lectura ceda en gloria del Señor y en sufragio por aquel varon insigne que habiendo sido mi bienhechor y mi padre, fué tambien mi celoso y mas infatigable Maestro.

Servando Arbolí, Presbítero.

✠

Cum jejunatis, nolite fieri sicut hipocritæ tristes.—MATH. 6, 16.

Cuando ayunais, no querais entristeceros como los hipócritas.

ILMO. SEÑOR.

Este lenguaje sublime es propio y exclusivo del Salvador de los hombres. ¿Quién sino Él, sabiduría increada, verdad eterna y permanente, podria revelar al hombre el misterio de la penitencia, haciendo sentir al corazon humano la mas inefable dulzura y convirtiendo en senda de flores el camino del sufrimiento? ¿Quién sino Él, podria enseñar la filosofía del dogma cristiano interesando nuestros afectos, y llenando la inteligencia de concepciones magnificas? Nadie, católicos; y por esta razon ningun filósofo, ningun legislador, ninguno de cuantos en el orbe entero llevaron á la humanidad como prosélita de sus teorías, pudo ni aun soñar siquiera el admirable plan del catolicismo: por esta razon ninguno de ellos pudo proclamar la peniten-

cia sin llevar en pos de sí la vergonzosa mancha del ridículo.

No así nuestro Salvador adorable; ¿sabeis por qué? porque en la boca del Hijo de Dios la palabra penitencia dice mas que una virtud moral; vale tanto como un principio, un fundamento, una base, ¡qué digo! la piedra angular del mas grandioso edificio; quiere decir la completa conversion á Dios, la sustitucion del hombre nuevo al Adan antiguo prevaricador; la reforma completa del linaje humano; la renovacion de todo el órden antiguo, y la marcha de la sociedad por el camino del Calvario con todas sus prerogativas, con todas sus regalías, con todos sus pretendidos derechos, con todas sus instituciones.

Establecida esta doctrina, se deduce lógicamente que la penitencia cristiana es el fondo del sistema moral del catolicismo, y que negar su importancia vale tanto como privar á la Religion Divina de la mas gloriosa de sus conquistas, la del corazon del hombre, junta con la de la sociedad entera, que debió rendirse á la voz que anunciaba el valor infinito de la abnegacion y el sacrificio.

Ved aquí el admirable plan que descubre la Iglesia Católica al abrir el santo tiempo de cuaresma, mostrando á sus hijos la fuente de felicidad y el camino de la gloria. Pocos momentos há que puso en nuestras cabezas el recuerdo de nuestro infortunio escribiendo con ceniza una sentencia de muerte: y yo oi-

go en la sagrada liturgia un cántico de gloria, *nolite fieri sicut hipocritæ tristes*. Sí, porque la penitencia del ayuno, la mortificacion y el sacrificio, deben ser nuestra vida y el estado normal de nuestra existencia como cristianos, porque la penitencia evangélica debe ser en nosotros la condicion necesaria del catolicismo: porque la penitencia debe residir en el alma, aunque los órganos del cuerpo participen de su sacrificio. *Scindite corda vestra et non vestimenta vestra* (1). Hé aquí perfectamente combinados el trozo del Evangelio de hoy con el capítulo del profeta, que la Iglesia nos señala en su liturgia.

Lecciones importantísimas se desprenden de estos lugares; lecciones que si fueron siempre necesarias para levantar al hombre del profundo letargo en que se encuentra sumergido por el refinamiento de los placeres, nunca lo fueron mas que hoy en que el sensualismo sibarita del pueblo llamado Católico pretende parodiar las vergonzosas escenas del antiguo paganismo. ¡Qué esfuerzo tan poderoso, qué valor tan decidido, qué ánimo tan esforzado cobraria el predicador evangélico si al anunciar desde este sagrado sitio la inauguracion del tiempo santo de cuaresma, pudiera decir á los fieles lo que San Juan Crisóstomo á los de la Iglesia de Antioquía; »Me alegro y me congratulo viendo á la Iglesia de Dios adornada por la multitud de sus hijos, y á vosotros que habeis concurrido al templo con la

mayor alegría» (2). Alegría sí, porque alegres en otro tiempo los fieles llenaban el templo cristiano para dar principio á la santa cuaresma con todo el fervor de su corazon y con el completo beneplácito de su entendimiento. Pero hoy, cuando acaban de pasar como el humo esas ridículas libertades hijas de la locura social que nos aqueja; hoy que los fieles se encuentran á lo menos desmayados en las sendas de la justificacion, no podrémos decir lo mismo ni dar cabida en nuestro corazon á una dulzura tan noble. Sin embargo, un pueblo numeroso ha venido á escuchar la divina palabra y es deudor á que se le instruya, á que se le confirme en la fé, á que se le enseñe la verdad Evangélica, como á aquellas turbas de que nos habla el Evangelista que venian á escuchar la palabra de vida eterna, y á quienes satisfizo el Salvador con la leccion que hoy nos ofrece la Iglesia y con las sublimes enseñanzas que le preceden. Vamos, pues, á emitir algunas reflexiones fijándonos detenidamente en dos puntos capitales: necesidad de la penitencia contra el sensualismo del siglo, *cum jejunatis*: espíritu cristiano que debe acompañarla, *nolite fieri sicut hipocritæ tristes*. Y dejando este segundo miembro para la Domínica cuarta en que, Dios mediante, hablaremos de lo que constituye el espíritu católico, nos ceñiremos hoy tan solamente al primero.

Plegue á Dios que estas palabras produzcan el fruto apetecido. Ay, católicos! mi inteligencia se nubla

y mi corazon se conmueve. Un año cabal cumple hoy que la voz elocuente y tierna del padre mas bondadoso inauguraba bajo estas bóvedas una predicacion saludable; y el pueblo fiel á su enseñanza, mal que le pese á los enemigos de la Iglesia, que tambien lo fueron suyos, le escuchaba con avidez y recogia con entusiasmo una por una sus sílabas. Ya se apagó! Descansa en paz, padre tierno! nos diste la leccion postrera enseñándonos con tu ejemplo que todo en el mundo es vaga sombra. Paréceme que nos hablas desde esa bóveda triste y nos dices con voz severa: *pulvis es et in pulverem reverteris.* (3) Hé aquí, católicos, el término de nuestra vida; hé aquí el último resultado de todas nuestras aspiraciones. Pero sobre estas negras sombras se levanta gloriosa la idea de la inmortalidad, cautivando nuestros afectos, arrastrando nuestro corazon, haciéndonos amar lo que pareceria duro sin ella, la penitencia, la abnegacion, el sacrificio.

Imploremos los auxilios de la Divina gracia, poniendo por intercesora á la Santísima é Inmaculada Vírgen María, saludándola devotamente:—*llena de gracia.*

Se habian reunido las turbas que seguian á Jesus desde Galilea, Decápolis, Jerusalem, y la otra ribera del Jordan pendientes de sus divinos labios, escuchando las lecciones de su sabiduría infinita, al par que recibiendo innumerables beneficios. Com-

padecido de ellas nuestro Salvador adorable, subió á un monte inmediato donde se sentó con sus discípulos y empezó el admirable sermon que nos refiere San Mateo desde el capítulo 5.° El Evangelista sigue la narracion en el 6.°, del cual está tomado el trozo que la Iglesia pone hoy á la meditacion de los fieles. No considero necesario decir á los que me escuchan, que en ese sermon divino se comprende en pocas palabras un órden moral y religioso sobrehumano, que forma por sí solo la mas brillante apología que pudiéramos hacer del Cristianismo. Estoy en la íntima conviccion de que hablo á un auditorio eminentemente católico, y que si bien es verdad que nos hallamos en una época desgraciada, no es menos cierto que la guerra contra la Religion no se apoya tanto en el terreno del dogma como en la discusion de los principios morales que de esos mismos dogmas se desprenden. Es indudable que la filosofía del pasado siglo queriendo esplicar lo natural por lo natural, lo creado por lo creado, como dice un escritor de nuestros dias, se consideró suficiente para decir al cristianismo: »ha pasado tu tiempo, el entendimiento humano ha progresado:» pero no puede ponerse en duda que esta mal llamada escuela filosófica, si bien conserva afiliados, no merece en nuestro siglo los aplausos frenéticos que le prodigó en otro tiempo una multitud embriagada. Para sentar esta proposicion no me olvido por cierto de los exce-

sos abominables, criminales, sacrílegos, inauditos, que hemos presenciado en nuestros dias, antes bien los tengo muy presentes para hacer cierto género de apreciaciones. Sin embargo, examinados los hechos, atendiendo á las causas que han podido producirlos, observado el curso de la política moderna en sus relaciones con la Iglesia, no veo tan clara la negacion de nuestro credo, como la confusion insensata de los dos principios: verdad es que el resultado es el mismo, pero al cabo el dogma no se niega abiertamente sino con muy raras excepciones. El hombre de nuestros dias no dice como Arrio: «Jesucristo no es Dios,» ni afirma como Diderot, «Dios no existe;» antes al contrario, suponiendo todas estas verdades eternas y aparentando mas celo que la misma Iglesia por mantenerlas, pretende hacer una amalgama intolerable entre las creencias cristianas y las pasiones que nublan la inteligencia. Ved aquí el gravísimo síntoma de nuestra época, contra el cual ofrece la Iglesia la doctrina pura del Evangelio sin mezcla de confusion ni de error, como único correctivo al desórden moral social y político, que si en todo tiempo levantó erguida la cabeza, nunca como hoy disputó con tanto orgullo el predominio á la verdad católica.

Jesucristo nos espone en el admirable sermon de la montaña la única doctrina saludable, la única doctrina filosófica, la única que puede hacer

frente al error, que acabamos de indicar, predicando la penitencia, *cum jejunatis.*

Estas sencillas palabras forman por sí mismas una página brillante en el trozo de que venimos hablando. El Hijo del hombre habia venido al mundo no para *destruir la ley, sino para cumplirla,* (4) como Él mismo nos lo dice; y revestido con el carácter soberano que le dió su Eterno Padre, añade la sancion Divina disponiendo nuevas condiciones, *nolite fieri sicut hipocritæ tristes*; es decir, que lejos de aminorar en un ápice el valor del ayuno, santificó, confirmó y reformó su práctica saludable. No podia ser de otro modo: el ángel del gran consejo, el padre del futuro siglo, el Hombre-Dios que representaba en su persona sacratísima la participacion de la Divinidad á que está llamado el ser humano, necesariamente habia de predicar la penitencia, ó lo que es lo mismo, el predominio del espíritu sobre la materia, indispensable y necesario para que su plan divino se realizara.

Establecida esta virtud Evangélica se reforma el hombre por completo; se funda la religion; se conserva su espíritu; fructifica su enseñanza; de lo contrario, la religion se desploma, el espíritu se pierde, la caridad se apaga y la fecundidad se esteriliza; por esta razon he dicho que la penitencia prescrita por el Salvador de los hombres era algo mas que una virtud moral, era una

base y un principio, ¿qué otra cosa sino penitencia fué el establecimiento del cristianismo? sacrificio y sacrificio perenne, desde la cueva de Belen hasta la cima del Calvario, fué la vida del Redentor de los hombres. Obediente á su Eterno Padre hasta morir en la cruz, *factus obediens*, (5) fué el tipo de la penitencia, el varon de dolores, el hombre del sacrificio, el ejemplar de la abnegacion que cargaba sobre sí la responsabilidad inmensa del linage humano: *factus obediens*, obedeciendo y obedeciendo hasta morir delineó en rasgos sublimes el sistema del Catolicismo; *factus obediens*, obedeciendo enseñó la penitencia empezando por practicarla, porque la penitencia no es otra cosa que la obediencia consumada: *factus obediens*, obedeciendo enseñó al linage humano que para levantar la nueva sociedad sobre los escombros de la antigua, era necesario edificar sobre la soberbia el magnífico edificio de la humildad y de la penitencia.

Severas pueden aparecer estas lecciones; pero no por eso dejan de ser eminentemente filosóficas: ¿qué grande empresa se ha ejecutado en el mundo sin la penitencia, es decir, sin la abnegacion, sin el sacrificio, llámese como se quiera segun el diccionario inmenso de las opiniones y de los partidos? Yo creo que ninguna, y que lejos de extrañar el moderno sensualismo la predicacion de la penitencia, deberia tenerla por lógica, racional y necesaria si es que se precia de filósofo. Figuraos por un

momento que la penitencia cristiana es una bella idea inventada por la Iglesia; desde ese mismo instante negais á la mas árdua de las empresas cual es el vencimiento propio, la condicion necesaria del sacrificio: ¡qué absurdo!

Leed una por una las páginas del Evangelio; registrad en el que la Iglesia hoy nos propone los versos que le preceden; ¿habeis visto por donde comienza su predicacion Jesucristo? *beati pauperes spiritu.* (6) Esto quiere decir que la doctrina nueva era una enseñanza opuesta en todo y por todo á las máximas del mundo; reflexionad sobre este punto y no extrañareis lo que sigue. En el sistema cristiano todo está combinado admirablemente; todo se relaciona, porque en Dios no hay mas que ser, razon y voluntad eternas é inmutables, y por tanto no hay ni puede haber mas que eterna consecuencia. Supuesta la abnegacion como fundamento del Cristianismo para contrarestar la soberbia que era principio del sistema pagano, la penitencia se convierte en una necesidad y deja de ser un consejo: bien pudieron los antiguos legisladores imponer leyes mas ó menos severas á los pueblos que les estaban sujetos. Solom pudo dictar algunas máximas saludables en Atenas, y Licurgo prescribir reglas que hoy parecerian muy duras á los Espartanos; pero ni uno ni otro pudieron decir al hombre, tu destino es padecer para vivir; no vivir para padecer eternamente; la razon es muy clara;

la llave del destino futuro era y es solamente de Jesucristo, *llave de David* (7) como se dice en las Santas Escrituras: únicamente Jesucristo que fundó su Iglesia sobre la humildad y el abatimiento, pudo poner la penitencia como condicion para alcanzar la suerte eterna; *nisi pœnitentiam habueritis, omnes similiter peribitis.* (8)

Cosa extraña, señores, pero es lo cierto que apesar del profundo letargo en que yace hoy el espíritu humano, apesar de que el hombre se desvive por la materia, marchando en pos de sus fingidos encantos y sacrificando á la mejora de su condicion temporal todo su ser, toda su actividad, todo su corazon, toda su inteligencia, se levantan unos pretendidos espiritualistas contra la penitencia evangélica alegando en favor de sus doctrinas lo que ellos llaman, religion del alma, espíritu cristiano, catolicismo consumado, haciéndonos creer que han inventado un medio para hacer de la religion de Jesucristo y de la moral Evangélica un ridículo Proteo. He dicho cosa extraña, porque si el hombre no vive hoy mas que de materia y por ella se sacrifica, ¿cómo es que se muestra tan conocedor del espíritu y apóstol tan celoso por los intereses del alma? Ah! cuantas veces en los libros, en los folletos que vomita la propaganda inglesa, habreis leido, si tal desgracia os cupo en suerte, que Dios no quiere mas que el corazon del hombre, que no necesita de las esterioridades de la penitencia in-

ventada por *esto que se llama Iglesia*; y tal vez abusando horriblemente de la palabra de Dios, citarán los mismos trozos del Evangelio que con tanta sabiduría pone á nuestra consideracion hoy en la liturgia, *nolite fieri sicut hipócritæ tristes.* Lo estais viendo? dicen ellos, ¿qué significan esas esterioridades? para qué esa hipocresía? tanta mortificacion, tanto ayuno, esta Cuaresma tan rígida, *scindite corda vestra et non vestimenta vestra:* así habla el enemigo de la fé y del Catolicismo en nuestros tiempos, cuando se separa de la autoridad de la Iglesia único intérprete de la Divina palabra; así habló siempre, porque desde el principio de la Iglesia despuntó el error que combatimos; pero ahora como entonces y como siempre resonó en el mundo una voz poderosa dotada de fuerza irresistible para conjurar el error, y sin discusiones, sin mayorías, sin poner á voto la verdad que es única é incontrastable, dijo la Iglesia que el hombre no puede ser religioso sino expresando de una manera sensible los sentimientos que abriga; de lo contrario la Iglesia de Jesucristo seria invisible; de lo contrario echariamos por tierra la autoridad del cuerpo docente; de lo contrario ¡oh dolor! ni el justo encontraria en el tribunal de la penitencia una voz de consuelo, ni el pecador obstinado hallaria en la pena que se le impone el castigo que sus culpas merecen.

La historia Eclesiástica pone á nuestra consideracion desde el principio del Cristianismo dos ten-

dencias opuestas por parte de sus enemigos; basta reflexionar sobre los hechos que nos refiere para convencerse de la realidad de esta proposicion y de la exactitud matemática de la consecuencia; es á saber, espiritualizar el Cristianismo hasta negarle la vida material, ó materializar su existencia hasta negarle el espíritu; así lo vemos en las primeras heregías: negar á Jesucristo la Divinidad ó negarle la realidad de su existencia corpórea traia por consecuencia legítima el predominio de uno de aquellos extremos; no es preciso ser muy filósofo para discurrir en este sentido. Pero la Iglesia Católica siempre fiel á su mision Divina, siempre guardando en fiel depósito la palabra del Salvador, propuso, propone y propondrá á los fieles la union estrecha de ámbos elementos y con ella la santificacion de todo el ser humano, la santificacion del hombre que no podria cumplirse de lleno si espiritualizáramos el Catolicismo hasta negarle vida sensible, ó lo materializáramos hasta negarle el espíritu.

Abrid los libros de Disciplina Canónica; registrad uno por uno los cánones penitenciales; estudiad si quereis las antigüedades de la Iglesia, que para nosotros se formaron esos tesoros de que tanto abusa el racionalismo, y allí se os presentará con todo el aparato de magestad y nobleza el espíritu de la religion; allí verán nuestros enemigos que la penitencia no es una práctica de ayer,

no es una ley arbitraria, no es un hecho accidental, sino que acompaña á la Iglesia en la marcha de los siglos, siendo una ley necesaria para conservar el espíritu cristiano, un hecho fundamental, un principio de vida sin el cual no puede ni aun concebirse siquiera el sistema religioso tal como lo planteó Jesucristo. Sí Católicos; penitencia predicaba Pedro en las prisiones del Capitólio y penitencia predicaba el grande Obispo de Milan á un Emperador fuerte y poderoso, porque la religion no se rinde ante las exigencias de los partidos, ni el espíritu se cambia cuando las circunstancias se mudan, ni el valor decae jamás cuando se ofrece la lucha: así como tampoco se puede apagar hoy esa voz aterradora que desde el fondo mismo de la aparente abyeccion en que se encuentra sumergida dice al hombre, á la sociedad y á la familia, «para vivir la vida del espíritu, para que el Catolicismo predomine, es necesario es indispensable que la penitencia se entronize.»

Católicos, no son ilusiones nuestras, es la palabra del Señor la que nos compromete al ejercicio de aquella virtud sublime. El Evangelio no puede ser juguete de los libertinos, ni Dios puede sugetarse á las ridículas exigencias de nuestras pasiones. Sus palabras no pueden dejar de cumplirse, porque primero pasarán los cielos y la tierra que borrarse uno siquiera de sus tildes mas imperceptibles, como lo dice nuestro Salvador Divino en el admirable

sermon de que forma parte el Evangelio de este dia. (9)

Yo quisiera, Católicos, apartarme en lo posible de la apología digámoslo así, de la penitencia Cristiana, para inculcar exclusivamente la práctica de sus rigores: pero una mano secreta me detiene en este camino; mi inteligencia se rinde ante el grandioso espectáculo de un admirable sistema, se vé precisada á penetrar en silencio los senos del corazon humano y las mas puras afecciones de un alma *naturalmente cristiana* en expresion de un apologista; (10) en una palabra, yo veo que la penitencia propuesta hoy por el Salvador, es la única capaz de contrarestar la enorme pesadumbre ocasionada en el alma por la culpa: vamos á verlo.

El hombre repugna instintivamente lo que es contrario á su naturaleza; el sentimiento de su felicidad se desarrolla en él á cada paso para evitar aquellos males que pudieran sobrevenirle en medio del comercio y del trato con sus semejantes; mas digo, cuando la felicidad es aparente, cuando ningun sentimiento noble, ninguna aspiracion sublime, ninguna idea de rectitud y de justicia se desarrolla en su alma, siempre encuentra un vacío en su corazon, una pena secreta, un sentimiento de amargura que le inquieta á cada paso, aun en medio de los mayores placeres: ¿no es así? pregunto en este caso, no á los libertinos del mundo, no á los Após-

toles del vergonzoso sensualismo, sino á los que tal vez cumpliendo con las prácticas de nuestra religion saludable, no siempre dirijen todas sus acciones para la gloria de Dios y la santificacion de sus almas: hasta este extremo conduzco el argumento: ¿hay felicidad en una accion de las que se llaman indiferentes, pero que no lo son ni pueden serlo? no la hay ni puede haberla; porque el hombre es feliz únicamente cuando ama, el hombre es feliz cuando tiene la conciencia del bien, cuando pone la mano sobre su corazon y lo siente latir á impulsos de una pasion noble y generosa; el hombre es feliz cuando se sacrifica, cuando se niega á sí mismo; habrá muchos que tachen de exageradas estas proposiciones, pero tambien es cierto que no hay muchos que amen, *da amantem*, diré yo ahora con San Agustin y comprendereis bien tales misterios.

Y si esto es así, ¿qué diriamos del que habiendo dado rienda suelta á sus pasiones camina de abismo en abismo, encenagándose cada vez mas en el asqueroso muladar de la culpa? Ay Católicos! para este hombre no hay consuelo; tal vez os dirá que está tranquilo, que no quiere convertirse, que la penitencia le asusta; pero tened en cuenta que esas afirmaciones que emite, son una señal inconcusa de la pena que oprime su corazon; él se siente destrozado, y como en el vicio no encuentra ni puede encontrar descanso alguno, cada dia que pasa, cada momento que vuela, cada instante que des-

parece, busca nuevos goces, nuevas distracciones, nuevos devaneos, para llenar de algun modo el vacío que advierte en su alma, pero nunca llega á conseguirlo; vá corriendo en pos de una sombra velocísima y ligera; cree que esa sombra es la felicidad y el término de sus aspiraciones, cuando desgraciadamente no es sino la débil figura del vicio abominable que le acompaña.

Pero bien, este hombre se convierte; no le faltará algun profeta que le recuerde su vicio y la maldicion del Señor que le persigue; le dirá como á David que la mano de Dios vá á descargar sobre su cabeza todo el peso de la eterna justicia, y entonces ¿qué hará? no quiero decirlo Católicos; vosotros lo sabeis; no podrá tener descanso como no llore y llore amargamente sus antiguas miserias, como no se humille en la presencia de Dios, digo mas, como no ceda algo de lo que pudiera retener sin culpa grave para sacrificarlo al Señor en holocausto espiatorio, en una palabra, como no haga penitencia. Lo veis cristianos? conoceis ahora que al enunciar Jesucristo las palabras que puse al frente de este discurso hizo algo mas que fijar un plan ó un sistema, es á saber, descifró la filosofía del corazon humano que si *está hecho para Dios* como afirma San Agustin, (11) no puede gozar de Dios sin la abnegacion y el sacrificio?

Acabo de decir que el corazon humano tiene una filosofía que solamente Jesucristo ha sabido resol-

ver y esplanar, exponiendo en el admirable sermon del monte la síntesis de la moral Evangélica; pero ay! ay! cuántos son entre los mismos Católicos los que estudian en el corazon humano las huellas del Señor que ha pasado mil veces haciendo bien en nuestras almas como lo hizo con las turbas de que nos habla hoy el Evangelio? Ved aquí la causa y el motivo de que la disciplina de la penitencia se encuentre en medio de los fieles ó vilipendiada ó miserable y torpemente comprendida. El hombre de nuestro siglo no vive mas que de *hechos*, atended á la expresion, no vive de ideas, ni de amor, ni de sentimientos, no piensa, y si en algo se ocupa su imaginacion, si de algo se llena su alma, es de locas ilusiones ó de perniciosas teorías. Por un efecto natural de esa falta de *conciencia* que se advierte en nuestro siglo, no despertándose en el alma ningun sentimiento noble ó procurando ahogarlo cuando nace, el hombre de la época tiene por imposible el sacrificio cristiano y la abnegacion Evangélica, ó lo que es igual, como vive de *hechos* que no se fundan en principios, se asusta ante la idea del único *hecho* que radica en el corazon, *el Cristianismo*. A tal estado hemos venido por desgracia nuestra y para eterna ignominia de nuestro desventurado siglo: bien está; pero tengase presente que la religion de Jesucristo es como dice un escritor, *eminentemente práctica*, (12) téngase presente que el mundo no se

salvó con teorías sino con un hecho grandioso, con una *gran experiencia* como ha dicho un hombre ilustre, (13) con la experiencia de la cruz principio y fundamento del nuevo órden de cosas que inauguró Jesucristo, principio de la penitencia y fuente de la moral Evangélica.

Volved la vista y penetrad si quereis el abismo de contradicciones en que se envuelven nuestros enemigos. Ellos se ven obligados á señalar con el dedo la mas noble de nuestras aspiraciones como Católicos, la mas dulce de nuestras necesidades, la mas brillante de nuestras perlas si la corona de Justicia de que habla el Apóstol San Pablo (14) ha de brillar algun dia sobre nuestras nobilísimas frentes, el padecimiento y el sacrificio; qué pobre la filosofía que no comprende el valor del heroismo! ¡qué noble, qué grande, qué divina la religion que no solo lo comprende, sino que lo previene, lo acepta y lo santifica! Levantaos sombras ilustres de los amigos de Dios que rehusábais la muerte no por temor al juicio sino porque se abreviaba el tiempo de vuestra rigorosa penitencia. Ah! si pudiérais en ese lleno de gloria desear otra cosa que lo que el Señor quiere y desea, renunciariais vuestro gozo para gozar padeciendo.

Cristianos, hoy la voz de Dios nos llama á participar de la misma herencia que su Unigénito; vamos pues á emprender la carrera del sacrificio, único título para alcanzarla, sometiéndonos volunta-

riamente siquiera no sea mas que á lo que la Iglesia siempre benigna y cariñosa nos previene. Hemos entrado en el Santo tiempo de Cuaresma, tiempo de salud, tiempo de abnegacion, tiempo de sacrificio, pero tiempo tambien de consuelo, porque ¿dónde pondremos nuestras plantas para correr por las sendas de la justificacion que no encontremos las ensangrentadas huellas de nuestro Salvador Jesucristo? tenemos un Pontífice, dice el Apóstol San Pablo, que puede condolerse con nosotros, sentir con nosotros, padecer con nosotros, porque en todo quiso ser semejante á los hombres; (15) vamos pues á abrazarnos con la Cruz salvadora y á seguir *al cordero inmaculado* donde quiera que vaya, como vió San Juan en el Apocalipsis. (16)

Mirad, cristianos, que la necesidad de la penitencia es una necesidad muy dulce para los corazones que aman. De estos hablaba San Efren cuando prodigaba al ayuno los mas encarecidos elogios que hoy parecerian exajerados por la tibieza de nuestro espíritu; (17) de estos han hablado los santos cuando recomendaban á los fieles las mortificaciones en este santo tiempo; á estos se dirije tambien el Salvador cuando dice en su Evangelio *cum jejunatis*.

No habla, no, con los corazones helados que se turban ante la idea de un sacrificio; para estos no ha producido efecto alguno la venida de nuestro Redentor adorable; porque al cabo, si la Religion cris-

tiana no exigiera de nosotros mortificacion ni pena alguna en el ejercicio de los deberes que impone, la reforma del Salvador seria nula; el cristianismo seria uno de tantos sistemas nacidos de la ciencia humana; digo mas, seria un sistema imposible. ¿Puede acaso concebirse que la misericordia del Señor se hiciera sentir en nosotros de la manera inefable que en la Iglesia sin ninguna cooperacion por nuestra parte y sin que nos negásemos á nosotros mismos para no impedir el paso á la gracia del Señor? Claro que no: pues hé aquí lo que se deduce lógicamente de equivocar la idea del cristianismo, suponiendo que no exije de nosotros la abnegacion ni el sacrificio. Segun este concepto, Dios obraria sin el hombre en el gran negocio de la salvacion, y es cierto y de fé, que así como para crearnos no necesitó de nosotros, así tambien para salvarnos es indispensable la cooperacion por parte nuestra. *Qui fecit te sine té, non te justificat sine té*, dice San Agustin (18).

El protestantismo halló modo de componer estas dificultades por medio de la fé en *Jesucristo Salvador* sin necesidad de las buenas obras. Dijo al hombre: *cree, pero no obres;* vale tanto como decir, *ama, pero aborrece*; ¿comprendeis el valor idéntico de ámbas afirmaciones? ¡Qué insulto, no digo á la Religion, sino al buen sentido y á la filosofía! ¿Puede acaso el hombre vivir en perpétua lucha entre sus creencias y sus obras, sin destruirse

moralmente, sin recurrir á la desesperacion ó caer en el mayor y mas triste de los males, el glacial escepticismo ó el indiferentisimo absurdo? No, no puede: tended la vista hácia ese país desventurado, en que el error de Alemania se cebó con mas encarnizamiento: examinad su vida, mejor diré, examinad si la tiene, si aun conserva en su corazon una chispa de fuego, si mantiene en su inteligencia una verdad que no discuta, un principio que no conculque, un pensamiento noble y generoso que no se encuentre adormecido.

Bien, católicos: la Iglesia nuestra madre, con esa magestad que la distingue, siguió, sigue y seguirá predicando contra aquellos monstruosos errores la necesidad de la penitencia, la necesidad del cristiano esterior despues de haber formado, porque ella sola puede hacerlo, su espíritu: vamos, pues á escuchar humildemente sus lecciones, y sobre todo, vamos á abrazarnos con la cruz de nuestro Señor Jesucristo: vamos á entrar con el corazon en el santo tiempo de cuaresma, dedicando á la santificacion de nuestras almas estos días de salud que el Señor se digna concedernos. Pero debemos tener presente que de nada sirven las esterioridades y los rigores de la penitencia, si nuestro corazon no se interesa, si nuestros malos hábitos no se corrijen, si seguimos con los mismos defectos que antes, desacreditando en presencia de nuestros enemigos los santos principios que profesamos. ¿Cuán-

tos escándalos por parte de los adversarios del catolicismo no nacen de los malos ejemplos que les damos, de que ven las esterioridades del cristiano, y cuando tocan los resortes del corazon encuentran desgraciadamente una conciencia muerta, un espíritu abatido, tal vez una refinada hipocresía. No, católicos, *nolite fieri sicut hipocritæ tristes;* nos engañaremos á nosotros mismos si fiando demasiado en nuestra fiel observancia de la disciplina canónica, descuidamos la práctica del Evangelio, y no somos *pobres de espíritu*, como nos lo inculca hoy nuestro Salvador divino.

Pero no por eso debemos presumir que estemos justificados cuando mantenemos la fé, si no la acompañan las obras, si esteriormente no nos conducicimos conformes á ese espíritu que debemos abrigar en nuestros pechos. Hace catorce siglos que San Agustin prevenia este mismo error entre sus fieles, esplicando el Evangelio de hoy.

No temamos la guerra de nuestros enemigos. Hace diez y nueve siglos que la Iglesia Católica viene poniendo la ceniza á las sociedades y á los imperios, escribiendo en sus orgullosas frentes el decreto supremo del Señor que se ha ido cumpliendo paso á paso. Pero ella vive, y vive para que viva la sociedad, porque sociedad no puede existir sin amor; y vive para la familia, porque la familia no puede cumplir su destino sin el catolicismo que le da el espíritu; y vive para el hombre, porque el

hombre no puede vivir sin creencias, sin amor, sin esperanzas.

Vamos, pues, á postrarnos humildemente ante el trono del Señor; *convertimini ad Deum*, (19) repetiré yo ahora con el profeta: Ay! que todo es polvo y ceniza. ¿De qué sirven vuestras riquezas, hombres del siglo? ¿Para qué buscais los aplausos? ¿Para qué los honores? ¿Para qué ese cúmulo de adulaciones mentirosas que el mundo sabe prodigaros cuando le conviene, para inquietaros tal vez en el camino de la justificacion, y para obrar en último término la ruina de vuestra alma? *Convertimini ad Deum:* pero convertios de corazon y que las obras retraten el nuevo espíritu que os anime, *in jejunio et in fletu, et in planctu.* (20) Entre el vestíbulo y el altar llorarán los sacerdotes, (21) pero ¿de qué servirá nuestra plegaria sin la cooperacion por parte vuestra? Soberbia humana! ya se concluyó tu imperio: esa ceniza bendita es la santificacion de la humildad, del abatimiento, del sacrificio. Todo pasa como el humo; solo queda la satisfaccion de la virtud ó la triste memoria del vicio. Pues hagamos lo que hoy nos dice Jesucristo: *Thesaurizate autem vobis thesauros in cœlo* (22). Porque tened en cuenta que allí está nuestro corazon donde está nuestro tesoro, como dice el Divino Maestro: y ¿cómo estará nuestro corazon en el cielo cuando nos entregamos locamente á los intereses de la tierra? Atesoremos para la vida eterna, por-

que aquella es nuestra patria; donde ya las espinas de la penitencia se convertirán en lozanas flores, y donde esa ceniza que hoy nos ha puesto la Iglesia brotará la inmarcesible corona de justicia, que deseo á todos.—Amen.

NOTAS.

(1) Joel II. 13.
(2) Chrysost. Hom. I. in Genes.
(3) Genes. III. 19.
(4) Matth. v. 17.
(5) Paul. ad Philipp. II. 8.
(6) Matth. v. 3.
(7) Isaia XXII. 22.
(8) Luc. XIII. 3.
(9) Matth. v. 18
(10) Tertul. de testimonio animæ.
(11) Aug. lib. confess.
(12) Nicolás. Estudios filosóficos.
(13) Lacordaire—Lettre sur la Sainte siège.
(14) 2. Timoth. IV. 8.
(15) Hebr. IV. 15.
(16) Apoc. XIV. 4.
(17) Sanct. Ephræm. de jejunio.
(18) Aug. Serm. XV. de verbis Apostoli.
(19) Joel II. 12.
(20) Ibid.
(21) Joel. II. 17.
(22) Matth. VI. 20.